

bre los moros con tanta furia, que infundió nuevo esfuerzo y valor en las tropas cristianas, restituyéndolas á su primer orden. Ya habian peleado la mayor parte del dia, sin que los cristianos desmayasen un punto de su primer esfuerzo. Los moros, por el contrario, cansados y no pudiendo sufrir el estrago que hacian en ellos las huestes cristianas, comenzaron á flaquear, desordenarse, y en breve tiempo, lo que comenzó desorden, se convirtió en precipitada fuga, dejando en manos de los cristianos una gloriosa victoria.

Algunos refieren que al principio del combate apareció en el aire una resplandeciente cruz de varios colores, que al paso que esforzaba á los cristianos, llenaba con su vista de terror á los infieles; pero de este acaecimiento no hicieron mencion ni el arzobispo D. Rodrigo, que se halló presente, ni el mismo rey en la carta que escribió al papa Inocencio, dándole cuenta de lo que habia sucedido. Lo que hay de verdad, y es caso maravilloso, fué, que penetrando diferentes veces por los escuadrones de los enemigos el canónigo de Toledo, que llevaba la cruz arzobispal, jamás pudieron herirlo, como lo intentaron, disparándole muchas saetas y lanzas, antes bien se vió que los dardos quedaban clavados en el asta de la cruz sin que ninguno tocase al canónigo; todo lo cual animó mucho á los cristianos, y les certificó del visible patrocinio con que el cielo los ayudaba. Esto se vió mas claramente, en que habiendo perecido de los moros cerca de doscientos mil, el número de cristianos muertos no pasó de veinte y cinco. El rey moro se salvó huyendo, y los cristianos se apoderaron de todas sus tiendas, haciendo ricas presas; y tomando innumerables despojos, los cuales se repartieron de modo que todos quedaron gozosos y contentos. Esta victoria, así como fué llorada por los enemigos del nombre cristiano, así tambien fué celebrada con grandes fiestas y regocijos por toda la cristiandad. En todas partes se creía que no podia llegar á mas la gloria del nombre de Jesucristo cuya santísima Cruz habia penetrado y desordenado los escuadrones enemigos, dando á los cristianos un triunfo milagroso, de que no habia ejemplar en las historias. Por esta causa se instituyó en España, por mandado del papa Gregorio XIII, esta fiesta del Triunfo de la santa Cruz, para dar gracias á Dios de que por su virtud quedasen postrados aquellos mismos que pretendian con soberbia desterrarla del mundo, y poner en cadenas á todos sus adoradores.

SAN SISENANDO, MÁRTIR.

EL heroico valor con que se presentó al martirio S. Sisenando dió nuevo aliento á los cristianos que vivian en Córdoba bajo el tirano juez de los agarenos, para sostener gloriosísimos combates contra los enemigos de la fe, en aquella tan sangrienta persecucion que movió Abderraman contra la Iglesia al comedio del siglo ix. S. Eulogio, historiador de las actas de este ilustre jóven, nos dice, que fué natural de Beja, pueblo numeroso en la antigüedad, donde parece que estuvo la famosa ciudad llamada Pax-Julia ó Colonia Pacense, cuyas ruinas demuestran la grandeza que tuvo en tiempo de los romanos, bien que destruida despues por los moros cuando entraron en España, quedó reducida á una corta poblacion, perteneciente hoy al reino de Portugal. Pasó Sisenando á Córdoba con el noble objeto de instruirse en las ciencias, que se enseñaban por entonces en la iglesia de S. Ascisclo á los jóvenes cristianos por los mas sabios maestros, á pesar del dominio que tenian los bárbaros africanos sobre aquella célebre ciudad. Hizo en las letras y en las virtudes conocidos progresos; pero como sus deseos no eran otros que dedicarse al servicio del Señor, abrazó el estado eclesiástico, y ascendió por sus méritos personales al orden del diaconado; en cuyo sagrado ministerio se distinguió desde luego por la arreglada circunspeccion de su conducta, por su singular piedad y por su grande sabiduría.

Habia tenido Sisenando una amistad estrechísima con los insignes mártires Pedro el de Ecija y Walabonso el de Peñafior, monges uno y otro del monasterio de Cuteclara, los cuales padecieron en Córdoba en el dia 7 de junio; y queriendo estos acreditar despues de sus gloriosos triunfos el grande amor que conservaban con Sisenando, se le aparecieron entre brillantes resplandores, convidándole con la eterna felicidad que gozaban cuando siguiese sus acertados pasos. Aceptó el ilustre jóven la oferta de sus amigos, y sin retardarse un punto hizo una confesion pública de su fe ante el juez moro, declamando á un mismo tiempo contra las ridiculas patrañas del Alcoran de Mahoma. Estimó el bárbaro la generosa resolucion del valeroso manco por uno de los mas enormes atentados que podian cometer por entonces los fieles; y queriendo castigar su osadia, mandó ponerlo en una dura prision hasta que deliberase el castigo de que era acreedor.

Entró Sisenando en la cárcel lleno de extraordinaria alegría,

porque se acercaba el tiempo de ver cumplidos sus fervorosos deseos. Quiso Dios prevenirle con la buena nueva que esperaba por instantes, por medio de una revelacion que se dignó hacerle, estando respondiendo á una carta de un amigo; y habiendo escrito tres ó cuatro líneas, dejó súbitamente la pluma, y lleno de gozo se puso en pié, y vuelto al que le habia llevado la carta, le dió la respuesta conforme estaba sin acabarla, y le dijo: *Vete, hijo, de aqui, porque no te encuentren los ministros de justicia, que vienen á llevarme al suplicio.* Llegaron éstos con grande tropel y algazara; y descargando furiosos golpes sobre el inocente cuerpo de Sisenando, lo condujeron ante el juez agareno. Iba el insigne diácono con el gozo que cabe en un corazon seguro de la victoria, y cierto de la eterna felicidad, á que le convidaron sus íntimos amigos Pedro y Walabonso: reiteró en el tribunal del bárbaro la misma confesion que ya tenia hecha; y no contento con esto, hizo ver á los moros los crasos errores en que vivian sumergidos, siguiendo la ley de su falso profeta, con aquella valentía y con aquel ardor que son propios de los héroes del cristianismo; por cuya gloriosa accion fué decapitado en el día 16 de julio del año 851. La Iglesia de Córdoba celebra mañana su fiesta.

Dejaron los moros el cuerpo del Santo á la entrada del alcázar con la guarnicion que acostumbraban, para que fuese despedazado por los perros, que echaron á este efecto, y en seguida arrojaron el santo cuerpo mutilado al rio Guadalquivir; pero el Señor hizo que despues de algunos dias lo encontrasen los cristianos entre unas peñas que estaban á la orilla del mismo rio, de donde estraído con la mayor reverencia, le dieron sepultura en la iglesia de S. Ascisclo. Quiso la ciudad de Beja tener algunas reliquias de un hijo que dió tanto honor á su patria; valióse para ello de la mediacion del rey Felipe II; y conseguida la gracia, se entregaron por el ilustrísimo señor D. Francisco Reinoso, obispo de Córdoba, á un caballero que diputó Beja, que las recibió con todas las demostraciones de reverencia que son regulares en semejantes casos.

La misa es en honor de la fiesta, y la oracion la siguiente:

O Dios, que ilustraste la órden del Monte Carmelo con el título especial de tu madre la bienaventurada Virgen María; concédenos benigno, que amparados con la proteccion de

aquella, cuya memoria tan solemnemente celebramos, merezcamos llegar á los eternos gozos de la gloria. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 24 del Eclesiástico.

Yo fructifiqué como la vid; porque mi espíritu es mas suavidad de olor: y mis flores dulce que la miel; y mi heredad son frutos de gloria y de honestidad. Yo soy madre del amor hermoso, y del temor, y de la sabiduria, y de la santa esperanza. En mí (se halla) toda la gracia (para conocer) el camino de la verdad: en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, y saciaos de mis fru-

tos; porque mi espíritu es mas dulce que la miel; y mi heredad mas que el panal de miel: mi memoria durará por todas las generaciones de los siglos. Aquellos que me comen tendrán todavía hambre; y los que me beben tendrán todavía sed. El que me escucha no será confundido; y aquellos que obran por mí no pecarán. Los que me ilustran conseguirán vida eterna.

REFLEXIONES.

Yo soy la madre del amor hermoso, del temor, de la ciencia, y de la santa esperanza. La verdadera devocion de Maria inspira una caridad pura, un temor dulce y filial, una clara inteligencia de los mayores misterios, y una santa confianza, sin temeridad, ni presuncion. Por este amor generoso, y encendido para con Dios; por este dulce y filial temor de desagradarle; por este fondo de religion y de rendida sumision á los órdenes de Dios; por esta inalterable confianza en su misericordia, se reconocen los verdaderos devotos de la Virgen. Todo esto dice, todo esto inspira, y todas estas virtudes alcanza la verdadera devocion de Maria; sin ella es devocion falsa y espuria. Por eso todos los santos amaron á esta Señora con especial ternura; y todos, despues de Jesucristo, colocaron en ella su confianza. Es la madre del puro amor; y por lo mismo solo experimentarán sus divinos ardores los que la aman como á madre, los que la honran como á soberana, y los que la consideran como distribuidora de los tesoros de su Hijo. De este amor puro de Dios nace siempre el temor saludable de ofenderle; pero este divino fuego que comunica Maria no solo enciende á sus siervos, tambien los ilumina, tambien los instruye para que conozcan que no se puede amar á la Madre sin amar al Hijo. Igualmente experimenta los dos afectos del puro amor del corazon, y el espíritu de los verdaderos siervos de Maria. A la caridad abrasada acompaña siempre la fe viva; y cuando se posee esta virtud, no puede faltar la confianza. Es error pensar que consiste la devocion de la Virgen en ciertos ejercicios exteriores, y

en traer su escapulario, cuando todo esto no va acompañado de aquella fe viva y universal, de aquella constante perseverancia en las buenas costumbres, y de aquella cristiana vida, sin la cual toda devoción, aunque no sea inútil, no puede ser meritoria; pero tampoco hay mayor impiedad que condenar esta devota ternura que se profesa á la Madre de los escogidos, desaprobando el culto que se rinde á la Madre de Dios. Ella es el socorro de los fieles, el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores; ¿pues quién podrá censurar, que despues de Jesucristo se coloque en ella toda nuestra confianza? ¿donde hay medio mas eficaz ni mas seguro para que Jesucristo nos reciba con agrado? El primer milagro que obró el Salvador fué á ruegos de María; y habiéndose comunicado á si mismo por medio de Maria, dice S. Bernardo, por ella quiere que recibamos tambien todas sus gracias. Sin duda que por esto en todos tiempos se desenfrenaron contra esta Señora todas las herejias. Cuantos herejes han abortado los siglos, profesaron una maligna aversion á la santísima Virgen y se declararon furiosamente contra su devoción. Al contrario, todos cuantos santos ha producido la Iglesia, todos profesaron una tierna devoción á esta Señora; todos hicieron empeño de publicar sus virtudes, de exaltar su poder, de recomendar su devoción, de promover en todas partes su culto, y de poner toda su confianza en su poderosa intercesión: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.* Es prenda poco equívoca de predestinación la tierna devoción á la santísima Virgen, y el fervoroso zelo de su gloria. Por el contrario, apenas hay señal mas funesta de reprobación, que mirar con frialdad y con disgusto á la Reina de los ángeles: *Omnes qui me oderunt, diligunt mortem.*

El Evangelio es del cap. 11 de S. Lucas.

En aquel tiempo, hablando Jesús á las turbas alzó la voz cierta mujer de en medio de ellas, y le dijo (á Jesús): Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero él respondió: Antes de bienaventurados aquellos que oyen la palabra de Dios, y la observan.

MEDITACION.

De la devoción á la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO. — Considera que lo que escita mas el amor y la devoción á una persona es el mérito, la gratitud y el poder.

La basa, por decirlo así, de la devoción que se profesa á los Santos, es el concepto que se forma de sus virtudes; la esperiencia de lo mucho que pueden con Dios, el conocimiento de su inclinación á hacernos bien, y la memoria de las gracias y beneficios que se han recibido por su intercesión. Admiramos sus virtudes, veneramos y respetamos su poder; sobre esto, y singularmente sobre su caridad con los que están unidos á ellos con una misma unión, fundamos nuestra confianza. Pues ahora, entre todos los Santos que están en la patria celestial, ¿cuál de ellos tuvo mas sublime santidad, cuál tiene mas poder con Dios, ni de quién hemos recibido tantos beneficios como de la santísima Virgen? Mas pura, mas santa, mas perfecta desde el primer instante de su vida que todos los Santos juntos en la hora de la muerte. ¿Qué trono hay en el cielo mas elevado que el suyo, superior al de todos los espíritus bienaventurados? Solo el trono de Dios es superior al trono de Maria. ¿Pues qué honores, mi Dios, qué homenajes no se la deben tributar? ¿cuánto respeto, cuánta devoción, cuánto culto la debemos rendir! Es la Madre de Dios, la Reina del cielo, la Soberana del universo, la Emperatriz de los ángeles y de los hombres; no debemos, pues, admirarnos de que la veneración, la ternura, y la sólida devoción con la Madre de Dios haya comenzado, por decirlo así, con la misma Iglesia. ¿Qué veneración tan profunda, qué devoción tan tierna (dice S. Ildefonso) profesaron los apóstoles á la Madre del Salvador! Por satisfacer á la devota curiosidad de los primeros cristianos hizo S. Lucas tantos retratos de la Virgen. Aseguran algunos autores, que aun viviendo esta Señora la consagraron los fieles muchas capillas y oratorios. ¿Con qué elocuencia y con qué zelo predicaron á los fieles las grandezas de Maria todos los padres de los primeros siglos, exhortándolos á una viva confianza en su poderosa protección! ¿Qué consuelo, Virgen santa (esclama S. Epifanio), el de estar consagrados á vos desde nuestra tierna infancia! ¿qué dicha la de vivir á la sombra de vuestro patrocinio! Amemos á Maria (dice S. Bernardo), amémosla con la mayor ternura; jamás se desprenda de nuestros labios su dulcísimo nombre; esté perpetuamente grabado en nuestro corazón. ¡Oh, y qué copioso manantial de gracias es la devoción de la Virgen!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que si las grandezas de Maria, si su eminente, su incomparable santidad escitan nuestra veneración, y nos ejecutan por todos nuestros respetos, el gran poder que tiene con Dios, y el amor de madre con que mira á todos

los hombres; merecen bien toda nuestra confianza. Acércase al trono de Dios, dice S. Pedro Damiano, no como sierva que pide, sino como soberana que intercede: *Domina; non ancilla*; y aquel Hijo todopoderoso, que se deja obligar de las lágrimas de los mayores pecadores, ¿podrá negar cosa alguna á la intercesion de su divina Madre? ¿Puede uno ser verdadero siervo de la Madre, puede llevar su librea, y ser mal recibido del Hijo? Siendo, como dicen los padres, la dispensadora ó repartidora de las gracias del Redentor, es preciso que tengan particular derecho á estas gracias los que están en su servicio. Cristo, dicen los mismos padres, es la fuente de las gracias; Maria es el canal por donde se derivan á nosotros. Basta estar en servicio de un grande, basta llevar su librea, para tener parte en sus favores, para gozar de los privilegios de su casa, correspondientes á su clase y nacimiento. ¿Pues quién podrá dudar de la proteccion de Maria, si tiene la dicha de ser devoto suyo? Ninguno duda de su poder; tampoco se puede dudar de su bondad y de su beneficencia. Estremécese todo el infierno al solo nombre de Maria; nada le irrita mas que el ver á los fieles alistarse en su servicio y profesarla una tierna devocion; pero esto mismo debe escitar nuestro amor, nuestra confianza y nuestro zelo. Es fatal señal el mirar á esta Señora con frialdad, ó con indiferencia. No hay mas dulce consuelo, no hay dicha mayor, ni mas llena, que profesarla una constante devocion y una perfecta confianza. ¿Qué hay que temer, una vez que la Madre de Dios nos tome debajo de su proteccion? Si nos guía esta estrella de la mañana, no nos descaminaremos; somos pecadores, es nuestro refugio; estamos afligidos, es nuestro consuelo. Llena está la vida de escollos y de peligros, mas no hay que temerlos con la asistencia de esta Protectora: es formidable la muerte; pero en aquella hora tan crítica estará lleno de aliento y de confianza un verdadero devoto de la Madre de Dios.

¡Ah, Señor, y cuánto es mi dolor de haber tenido hasta aquí tan poco zelo, tan poco amor y tan poca devocion á vuestra divina Madre! y si algun tiempo hice profesion de honrarla, y de contarme en el número de sus hijos, ¿qué muestras di de mi alistamiento y de mi ternura? No me desecheis, Madre de misericordia, pues quiero consagrarme de nuevo á vuestro servicio; quiero llevar vuestra librea; alcanzadme gracia para sostener con la inocencia y con la pureza de costumbres la pública profesion que voy á hacer de estar alistado en el número de vuestros devotos siervos.

JACULATORIAS. — Dios te salve, Madre de misericordia, vida, dulzura, y esperanza nuestra. (*Eccles.*)

Dignaos, Virgen sacratísima, de que me ejercite en vuestras alabanzas, y dadme valor para oponerme á vuestros enemigos. (*Eccles.*)

PROPOSITOS.

1 Es cierto que honramos á la santísima Virgen con aquellos interiores afectos de amor y de respeto, que están como grabados en nuestros corazones hácia sus virtudes, y hácia su persona; pero no es menos cierto, que cuando estos afectos se manifiestan hácia afuera, es tanta mayor su gloria, cuanto es mayor el número de los testigos á cuyos ojos se descubre nuestro zelo por su santo servicio; y como esta Señora es mas agradecida de lo que se puede esplicar, dobla á proporcion su ternura y su liberalidad. En esto logran una gran ventaja los cofrades del escapulario sobre otros devotos de la Virgen; pues como su declaracion por el servicio de la Virgen no parece puede ser mas pública que llevando su librea, tambien parece queda la misma Señora mas obligada á declararse en su favor cuando se ofrecen ocasiones de protegerlos. Estima tu fortuna, y reconoce tu dicha, si tienes la de traer su escapulario, y estar alistado en esta santa cofradia. Si no la tienes, no pierdas tiempo, y solicitala cuanto antes. Todos, sean del estado que se fueren, pueden ser admitidos en ella; pues con ningunas otras son incompatibles sus obligaciones. No te contentes con lograr tú solo esta dicha, solicita que logren la misma tus hijos y tus criados; lo que para tí y para toda tu casa será un manantial perenne de felicidades.

2 Es error muy pernicioso lisonjarse de ser verdadero devoto de Maria, mientras se está en desgracia de su Hijo. A la verdad, la devocion á la santísima Virgen es un medio muy poderoso para conseguir la gracia de la conversion; pero es preciso no poner estorbos á esta gracia, es menester que la inocencia y la pureza de costumbres prueben la devocion á esta Señora. Querer ser su devoto, y ser pecador, es contradiccion. No es menos ilusion persuadirse que por haber ayunado una vez, ó comulgado en una de sus fiestas, estamos ya muy introducidos en su gracia, y no se nos pueden cerrar las puertas del paraíso. Las obligaciones de los que traen el escapulario son fáciles y ligeras, pero son obligaciones; y así nunca te dispenses en ellas. Reza todos los dias siete Padre nuestros y siete Ave Marias, como tributo que deben pagar todos los que traen esta piadosa librea; comulga

todas las festividades de la Virgen, y los sábados hazla algun obsequio particular, como ayunar en ellos; ó cosa equivalente. Da todos los años algun publico testimonio de tu amor á tu divina Protectora; renuévale todos los meses, todas las semanas, y aun todos los dias, ya rezándola regularmente el santo Rosario, ya su oficio Parvo, ó á lo menos el de su inmaculada Concepcion. Muchos cofrades comen de vigilia todos los miércoles; otros, en lugar de esta abstinencia, dan alguna buena limosna, ó rezan el rosario entero. En fin, no se te pase dia sin honrar el santo escapulario con alguna devocion ó mortificacion.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

SAN ALEJO, confesor, hijo del senador Eufemiano, en Roma; el cual la primera noche de sus bodas, se partió de su casa dejando intacta á su esposa, y emprendió una larga peregrinacion: al cabo de ella volvió á Roma, y engañando al mundo de un modo nunca oído, fué acogido como pobre en la casa de sus padres donde permaneció desconocido por espacio de diez y siete años. Despues de su muerte dándole á conocer una voz que se oyó en las iglesias de Roma y un papel que dejó escrito, en tiempo del papa Inocencio I, fué trasladado con solemne pompa á la iglesia de S. Bonifacio, en donde resplandeció con muchos milagros. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES SCILITANOS ESPERATO, NARZAL, CITINO, VERTURIO, FELIX, ACILINO, LETANCIO, GENARA, GENEROSA, VESTINA, DONADA Y SEGUNDA, en Cartago; los cuales por mandato del *prefecto* Saturnino á su primera confesion fueron encarcelados y enclavados en unos postes, y por último degollados. Las reliquias de Esperato junto con los huesos de S. Cipriano y la cabeza de S. Pantaleon mártir, fueron trasladadas del Africa á Francia, y colocadas solemnemente en Leon en la iglesia de S. Juan Bautista. (Fueron llamados los *Mártires scilitanos*, porque eran de la provincia consular de Scilita, siendo los primeros que dieron la vida en Cartago por confesar á Jesucristo.)

SAN JACINTO, mártir, en Amastris en Paffagonia; el cual habiendo padecido muchos tormentos por decreto del *prefecto* Castricio, murió en la cárcel. (Por mandato de un ángel se le puso el nombre de Jacinto, y solo contaba tres años cuando resucitó á un muerto con solo invocar el nombre de Jesus. Dió ocasion á su martirio el haber arrancado un árbol que los idólatras tenian en suma veneracion.)

SAN GENEROSO, mártir, en Tivoli.

SANTA TEODOTA, mártir, en tiempo de Leon el Iconoclasta, esto es, el destructor de las santas imágenes, en Constantinopla.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN LEON IV, papa, en Roma. (*Véase su historia en las de hoy.*)